



# YO NUNCA

Iván Núñez Espinosa

Antes que escritor Iván es un amigo, un compañero de aventuras. Más allá de mi pequeña contribución a esta historia me gustaría dejar constancia de la satisfacción e ilusión que me produce ver su publicación. La vocación suele entenderse a priori, de forma que aquel del que se dice que tiene vocación es aquel que cree ser bueno, y por supuesto feliz, cuando desempeña determinado oficio, actividad o deporte. Con frecuencia esta noción común nos hace olvidar que la vocación también se construye, pudiendo ser fruto del hábito y la constancia. A esta búsqueda permanente se refirió Aristóteles con su famosa cita “seamos con nuestras vidas como arqueros que tienen un blanco”. Así pues, en el caso de Iván Núñez Espinosa, diría, desde la amistad que nos une, que él pertenece a esta segunda clasificación. *Yo Nunca* es una historia de las pasiones que atraviesan toda adolescencia, y más o menos actual, demuestra la universalidad de la condición humana. Los tiempos cambian, nuevos objetos se inventan, pero nosotros los humanos seguimos dentro de las mismas coordenadas.

La temática de este pequeño cuento es amplia y ambigua, pero si hay un motor primero para la acción es clara y evidentemente el popular juego de beber en el que todos hemos participado alguna vez, el “yo nunca”. Consiste en hacer una proposición comprometida y polémica acerca de la vida personal, si algún participante reconoce haber hecho, dicho o pensado lo que el ponente pregunta, bebe dejándose en evidencia ante los demás; el chiste del juego está precisamente en la ruptura de las normas que rigen la vida social, en la *epopteia* propia de cualquier celebración a Baco. El “yo nunca” ha marcado y perfilado toda nuestra juventud, por eso se le alza aquí un coloso, una estatua

móvil, un monumento conmemorativo al espíritu de la vida joven.

Otras intenciones comunicativas pueden haber escapado de la mente del autor, pero el deseo puro siempre fue el de llevar este magnífico juego a su categoría ideal, a los libros. Cualquier complicación conceptual degradaría este principio. El “yo nunca” nos es suficiente por sí mismo.

En la obra se reconoce un equilibrio argumental notable, ésta se desarrolla en unidad temática de tiempo y espacio, lo que le confiere el peso específico buscado ya en el teatro clásico, recuperado aquí, sin duda, de manera consciente. Una sola casa, una sola noche. Es interesante abordar consideraciones en relación a lo teatral, dado que la naturaleza de esta historia se halla a medio camino entre el género narrativo y el género dramático. Existen además numerosos elementos retóricos que aportan al conjunto del texto un carácter destacadamente formalista, acaso la característica más notable de esta pequeña novela; hacer figurar deliberadamente un planteamiento inicial, referir fórmulas retóricas o apelar indirectamente a una supuesta consciencia del lector (emancipado del argumento) a través de la ironía son rasgos que ponen a este texto en el sitio que le corresponde, que reivindican y reconocen la historia en tanto que ficción pretendida y buscada. Esta tendencia al formalismo, como decía, al reconocimiento de una ficción que no se quiere hacer pasar por real, está ideada precisamente para evitar todos los recursos literarios facilones, todas las fórmulas narrativas poco sofisticadas y en muchos casos algo pretenciosas que han buscado sin éxito potenciar la ficcionalidad con vagas figuraciones y modelos ya muy quemados, y que tanto empobrecen la expresión artística... *Yo nunca* es una ficción y no otra cosa. Lo que se puede considerar un éxito en el posicionamiento de autor, obra y lector en las relaciones de representación literarias, es quizás más interesante en un sentido cómico: al fin y al cabo, *Yo nunca* es la comedia de la mediocridad

espiritual y la sublime belleza de la juventud, y, al modo de los festivales de teatro atenienses, consigue situar su propia voz narrativa en la ambivalencia de la acción interna y la participación de su público. Sin duda, una gran sutileza.

Se trata de una narración llena de movimiento, trabajada, aunque ligera, en parte por su marcada direccionalidad: la noche se desarrolla en toda su dimensión para después decaer dejando paso al amanecer, la negación dionisiaca estalla para caer finalmente ante la redención apolínea, la progresiva ebriedad transforma a sus víctimas hasta que la realidad vuelve a reclamarlas, tanto a través del fracaso de las patrañas amorosas como mediante el estallido de las luchas políticas ciudadanas... Posee, en fin, un gran dinamismo porque toda la narración se orienta hacia un clímax final.

Curiosamente, todo este movimiento queda concentrado en una ubicación fija, las salas del palacio; otro rasgo heterogéneo sería la disposición de un final abierto formal y conceptualmente.

Digresiones aparte *Yo Nunca* es viento fresco, una picaresca trama donde se entremezclan otros temas como el amor de juventud y los tortuosos caminos que éste acostumbra a seguir, encarnado en personajes como Girolamo Acciaiuoli y Ada Gokcin, o Bieito y Olivia Dietislavi, pero sin duda también en Sabina y Arnolfo Rucellai. El jolgorio nocturno que tendrá lugar en casa del gobernador, donde se ha organizado una deliciosa velada llena de lujo, de sensualidad, de libertinaje hará que las tensiones más recónditas de las almas de estos jóvenes afloren. Ese velo de las apariencias al que acostumbramos en toda reunión social se romperá mostrando los más inusitados secretos. Don Abelardo, el joven árabe, será el maestro de ceremonias, el encargado de manejar la batuta en una singular noche donde nadie saldrá siendo el mismo. Se recomienda ser apreciativo y prevenirse ante la catarsis que se va a experimentar esta noche.

Un ambiente sugestivo se crea a partir de un registro de idealidad considerable, de elocuentes caracterizaciones, hermosas expresiones y desafiantes contradicciones. Hombría y feminidad, elocuencia y discreción, progreso y tradición, fidelidad y libertinaje, amor y desamor, configuran las apretadas relaciones sociales de estos muchachos, el verdadero corazón de este sistema, siempre modelados según el baile de la dualidad platónica, en la lucha dentro de la unidad... Dentro de la desenvoltura de Abelardo y Azucena, que son tal para cual, se reconoce la fuerte determinación por alcanzar una vida modélica y virtuosa; del comportamiento diligente de los varones se extrae la necesaria violencia que los mueve en muchos casos, y en el cortejo insolente de Isidoro hacia Ada, la esposa del gobernador, se aprecia en los ojos de ambos una suspendida ternura, un anhelo maravilloso.

No puede dejar de notarse, en definitiva, cierta influencia de los clásicos en las páginas que componen *Yo Nunca*. Nos encontramos ante una obra ambiciosa, donde mediante una elaborada prosa Iván Núñez Espinosa consigue trasladarnos a la Italia renacentista en pleno siglo XXI, sin timidez en sus imprecisiones históricas. Su mérito consiste en la habilidad para elaborar esta operación proyectando la Florencia del siglo XV, sus edificios, sus habitantes, su ambiente, sin perder un ápice de actualidad con su generación. En calidad de lector de esta obra, puedo afirmar que la historia que aquí tiene lugar es de interés universal, al menos así lo es el tema que trata.

Estamos, pues, ante muchas cosas y una sola. Una seductora historia que no deja indiferente. Es preciso, con el arrojo que muchas veces nos falta, embarcarse en esta aventura hasta el final.

# Inhaltsverzeichnis

I  
II  
III  
IV  
V  
VI  
VII  
VIII  
IX

# I

-Con esta humilde botella, de por sí, convencional, ya que no dispone más que de vidrio, tapón y rosca, además de la etiqueta de la fábrica, os voy a proporcionar un asequible pasatiempo en esta sala donde estamos. No hay truco, ni engaño o cortina de humo... ¡Ni mal haberlo debiera! Pues, ¿con qué motivación os iba yo a confundir el pensamiento y el juicio? No... Esto no es desierto para espejismos, ¡por Dios! No tengo para vosotros y para mí mismo más que intenciones aviesas; seréis para mí como Susana en el jardín de los viejos que vamos a recrear dentro de estas cuatro paredes. ¡Pues fijaos qué maravilla! Que este juego que os propongo, lejos de ser mera chanza o comidilla, se parece más a un ritual, una purga o algo semejante: los secretos, las perversiones, las intimidades... ¡Se revelarán! Y, evidentemente, la bebida os hará muy bien sabidos de una cuestión curiosa, que hoy entráis en esta casa aristocrática con ciertos amigos, pero bien saldréis con otros... Bueno, en realidad serán ellos mismos, pero, al mismo tiempo, no... Serán vuestros amigos en su categoría ideal (o algo así), impelidos hacia una relación de representación por la que, siendo ellos mismos, serán también otros. Sí, vosotros. Pero, en fin, sentaos a mi alrededor no sin antes darme sombreros, gorros y capas, y usadme como ordenanza que organice las diversiones públicas, por supuesto... Cras a la mañana estaba yendo para trabajar. Ahora me toca entreteneros. La noche está lista a mi parecer, teniendo en cuenta que hay muchísimas estrellas a la vista, ¡como para no contarlas! En definitiva, ved, que termine de fumar para poder empezar con este... grosero ajedrez de borrachos. Sabed bien, que como peones

míos vais a hacer lo que os diga; frío está el licor y, aunque es malo, a caballo regalado el diente no le miréis.

De esta manera Abelardo Pazzi, joven ciudadano de la república, de origen árabe y barba negra, de ricas ropas y el andar altanero de la juventud, inclinado a las ciencias y aficionado al cortejo de mujeres, cuyo padre amasó una notable fortuna con la banca y el comercio tras haber huido de los crímenes del Levante mediterráneo, y cuya santa madre encarna un modelo de piadosa virtud a la vez que recibe la pensión propia de las viudas, introdujo a los presentes a un juego nuevo.

-Y, por cierto, ¿qué hora es? -interrumpió Bieito, quien se sentaba a su izquierda-. Si ellas no nos han mentido, según nos hubieron dicho, deben estar al caer. Temo que no lleguen a su hora, como siempre...

-Esto llego yo a saber y por ellas no me apuro -comentaba Mulvio, del otro lado-. ¡Con la prisa por venir he olvidado el vino! Menos mal que, como camarada generoso y hombre consciente, sí que reparé en los puros.

-¿De qué nos van a servir si ellas tosen con el humo?

-¿De guisa que no voy a fumar esta noche por el antojo de ellas? -Se quejaba Mulvio Pitti.

Desde la cocina entra al salón Girolamo, de los Acciaiuoli, llevando en cada mano pequeños manteles y papel, ya que al parecer la dueña de la casa le había reclutado como camarero de aquel espacio, una buena faena para empezar... Se dirige a sus amigos de pie, junto a Abelardo, quien, por su parte, trata de abrir su botella concienzudamente.

-Ada me hizo prometer que no apestaríamos el cuarto con drogas o con tabaco, que a fumar se sale uno, sacando la cabeza por la ventana o yendo al balcón de la plaza o como sea... ¡Ah! Y tampoco os descalcéis por no apestar las alfombras.

-¡Aquí están! -exclamó Bieito según llamaban a la puerta de la casa.



-Las abro yo -dijo Abelardo con un severo semblante.

Se irguió rápidamente; pareciera que oliese el perfume de las jóvenes a metros de distancia, como don Juan, para quien, de igual manera, las chicas eran más importantes que el pan que comía y el aire que respiraba, y para el que la fidelidad a una de ellas representaba una terrible crueldad para las demás... Se encaminó a la puerta haciendo ostensible toda su galantería.

-Buenas noches, bella Olivia. Tenemos que hablar tú y yo.

-Luego te busco, Abelardo, pero qué bien que nos veamos por fin -Le contestó ella mientras examinaba el salón con los ojos, antes de volver la mirada hacia él-. Adiós.

-Hola, Lulú -dijo Abelardo dando paso a la siguiente.

-Mis saludos.

-Vas muy guapa. ¿Traes alcohol?

-De azúcar de Oriente -respondió ella riendo.

-Eso es que traes tu ron -repuso éste cariñosamente antes de saludar a la siguiente de las amigas-. ¡Sabina, querida mía!

-¡Buenas noches, hombretón!

-Dos besos. Pasa con todos, que ya están en el salón sentados aquí y allá.

Terminaba de subir la escalera del edificio una vieja amiga de todos ellos, María, sin duda la persona más afectuosa y emocional del grupo, que compartía apellido con su adorado esposo allí presente, el señor Mulvio Pitti. Fue recibida por el árabe.

-Abelardo, niño mío...

-Acércate, corazón -Le dijo mientras la abrazaba.

-¿Dónde puedo dejar mi abrigo?

-¡Las prendas de abrigo van a esa habitación! -gritaba Girolamo señalándola desde los sillones de la sala principal.

-¿Cómo debo saludarte? -Abelardo tanteó a Azucena con el registro propio de los enamorados que juegan.